

ARTÍCULOS DE REVISIÓN

EL PAPEL DE LA EXPERIENCIA EMOTIVA EN EL AUTOCONOCIMIENTO
DE LA PERSONA SEGÚN RUDOLF ALLERS
Jorge Olaechea Catter

LA CONSIDERACIÓN DE LA LEY NATURAL EN EL QUEHACER PSICOTERAPÉUTICO
Juan Carlos Tuppia

EL PAPEL DE LA EXPERIENCIA EMOTIVA
EN EL AUTOCONOCIMIENTO DE LA PERSONA
SEGÚN RUDOLF ALLERS

THE ROLE OF EMOTIONAL EXPERIENCE IN THE SELF
OF THE PERSON ACCORDING TO RUDOLF ALLERS

R.P. Jorge Olaechea Catter

Asistente general de instrucción del Sodalicio de Vida Cristiana.
Director del instituto cultural "Vida y Espiritualidad".

Correspondencia: R.P. Jorge Olaechea Catter
Campus Campiña Paisajista s/n. Quinta Vivanco. Arequipa (Perú).
Correo electrónico: jolaechea@gmail.com

EL PAPEL DE LA EXPERIENCIA EMOTIVA EN EL AUTOCONOCIMIENTO DE LA PERSONA SEGÚN RUDOLF ALLERS

THE ROLE OF EMOTIONAL EXPERIENCE IN THE SELF OF THE PERSON ACCORDING TO RUDOLF ALLERS

Jorge Olaechea Catter
Sodalicio de Vida Cristiana

Resumen

El trabajo busca ilustrar algunos aspectos del análisis realizado por el filósofo y psicólogo Rudolf Allers en el artículo The Cognitive Aspect of Emotions (The Thomist, 1942), respecto a la afectividad y su relación con ciertas dimensiones de la vida de la persona humana. Se destaca de modo particular la capacidad de las emociones de revelar a la persona su propio estatuto óntico, así como la centralidad de la vis cogitativa como facultad que media esta operación cognitiva. Este modo de aproximación a las emociones evidencia aún más la importancia —hoy reconocida por todos— de conocer en profundidad esta dimensión de la vida humana y contar con ella de modo sano en las labores terapéuticas y formativas.

Palabras clave: experiencia emocional, autoconocimiento, persona humana, vis cogitativa.

Abstract

This paper seeks to illustrate some aspects of the analysis made by the philosopher and psychologist Rudolf Allers in the article The Cognitive Aspect of Emotions (The Thomist, 1942) respect to the affectivity and their relationship to certain aspects of human being life. It stands in a special way the ability of the emotions to reveal to the person, their own ontic status, as well as the importance of power vis cogitativa as mediating this cognitive operation. This mode of approach to the emotions reveal the importance, today well recognized, to know in depth this dimension of human life and count on it in a healthy way in therapeutic and educational work.

Key words: emotional experience, self, human person, vis cogitativa.

Introducción

¿Qué papel pueden tener las emociones en la formación y educación de la persona? Hoy parece obvia la opinión que considera a la afectividad personal como una dimensión fundamental de la persona, no secundaria ni menos importante que sus dimensiones más “racionales” o “intelectivas”. Muchos sucesos en la historia del pensamiento en el siglo apenas pasado —y, más recientemente, tantas publicaciones de cierta psicología divulgativa— han contribuido a hacer de esta importante contribución casi un lugar común.

¿Pero sabemos verdaderamente qué rol juegan las emociones en la vida de una persona y, por ende, en su formación? Decir que son importantes y que no hay que dejarlas de lado ciertamente no basta. Para formar y educar no basta saber que un elemento de la persona (o una dimensión, si se quiere ser más preciso) existe o en qué medida lo hace, sino, por el contrario, es preciso descubrir, en los límites de lo posible, en qué modo este elemento entra en juego, relacionándose con otras dimensiones o elementos, en la totalidad personal del individuo. Se trata más de un “cómo” que de un “cuánto”.

Evidentemente este “cómo”, en el caso de la persona, es de una complejidad incomparable a cualquier otro sistema de elementos que nos sea dado conocer. Por tanto, resulta fundamental, cuando se trata de cuestiones de psicología o pedagogía, permanecer lo más posible aferrados a la experiencia, sin prejuicios ni preconceptos, buscando

acercarnos por diversos ángulos a una realidad tan multiforme y única como el ser humano.

Esta fue la intención de Rudolf Allers en su artículo titulado *The Cognitive Aspect of Emotions* (El aspecto cognitivo de las emociones), publicado en el año 1942 en la prestigiosa revista “The Thomist” (Allers, 1942). A través de este breve trabajo buscaremos ilustrar algunos aspectos importantes del análisis realizado en este artículo por el filósofo y psicólogo austriaco respecto a la afectividad y su relación con otras dimensiones de la vida de la persona.

¿Quién era Allers?

Alumno de Freud en Viena, discípulo de Adler y junto a él crítico de la dirección que tomaba la psicología freudiana, Allers se separa a su vez del círculo adleriano (junto a O. Schwarz y el joven Frankl), «desilusionado por la poca apertura de Adler a una visión antropológica integral, abierta a la trascendencia y a una perspectiva religiosa en psicoterapia» (Echevarría, 2004). Es el año 1927. Nuestro autor decide entonces profundizar sus conocimientos de filosofía aprovechando la invitación del P. Agostino Gemelli, O.F.M. Y así obtiene el doctorado en filosofía en la Universidad Católica del Sagrado Corazón. Crece también en este tiempo su interés por el pensamiento de Santo Tomás y de otros autores medievales como San Anselmo, encargándose de la traducción de algunas de sus obras al alemán.

Allers pasa los últimos años de su vida en dos universidades norteamericanas (se

había mudado con su familia a Estados Unidos durante la segunda guerra mundial): la Catholic University of America y la Georgetown University. Algunos años antes de su muerte, ocurrida en 1963, recibía la medalla Cardinal Spellman-Aquinas, en reconocimiento a su incansable labor como intelectual católico.

Antes de pasar al artículo del que nos ocuparemos, recordemos solamente algunos de los títulos de las obras de Allers, que nos dan una idea sumaria de sus principales intereses de investigación: *Das Werden der sittlichen Person. Wesen und Erziehung des Charakters* (1929), *New Psychologies* (1932), *Sexual-Pädagogik. Grundlagen und Grundlinien* (1934), *Character Education in Adolescence* (1940), *Existentialism and Psychiatry: Four Lectures* (1961), *Abnorme Welten* (póstumo).

El análisis de las emociones

Tratar el asunto de las emociones y del mundo afectivo humano añade ulteriores complicaciones a la dificultad, ya señalada, en referencia a la realidad de la persona en sí misma. Si bien siempre (o casi siempre) se ha reconocido la existencia de este “mundo” de las emociones, ha reinado al mismo tiempo una fuerte división en las opiniones sobre la relevancia o sobre el valor que tiene en la globalidad del sujeto humano.

Las discusiones sobre las “pasiones” se remontan a la antigüedad, del mundo chino a la filosofía griega, acompañando el pensamiento occidental y oriental a lo largo

de los siglos: los padres de la Iglesia han hablado al respecto; los grandes filósofos y teólogos de la escolástica medieval no han omitido el tema; la filosofía moderna —y sobre todo el movimiento romántico— también se ha ocupado de él, por no mencionar a la filosofía y psicología de nuestros tiempos.

En el artículo que tomamos en consideración, la aproximación de nuestro autor —que se ha ocupado también de la historia del pensamiento sobre el hombre— está bastante fundamentada en la experiencia. Después de un largo análisis en el que pone en diálogo algunas concepciones de Kierkegaard, Heidegger y Scheler en torno a diversas manifestaciones del mundo emotivo, precisa su tesis central: «No decimos que la concepción sobre las emociones aquí sugerida defina a la emoción en todos sus aspectos. Hay que reconocer que las emociones tienen otras funciones además de *revelar al hombre algo de su “status óntico”*. Pero afirmamos que este aspecto de las emociones es de gran importancia» (Allers, 1942, p. 616-617).

Antes de tomar en consideración esta tesis, busquemos aclarar cuáles son las características más importantes de las emociones según Allers. «No obstante la diferencia de interpretaciones —afirma en su artículo—, los autores que se ocupan de las emociones están de acuerdo en un punto: las emociones son estados subjetivos, vale decir, que no tienen una referencia directa al mundo objetivo. [...] Se les considera “estados” del sujeto, o manifestaciones de estos estados a la conciencia» (Allers, 1942, p. 621).

Estos estados del sujeto humano tienen una primera característica relevante: su “profundidad”. Profundidad, sin embargo, diferente a aquella de la conciencia: «La profundidad, cuando se refiere a las emociones, no corresponde al mundo “objetivo”, sino a la persona afectada. La profundidad no es de los niveles de realidad —o idealidad, si fuese el caso, en definitiva, del “no yo”— sino del sujeto mismo» (Allers, 1942, p. 618). La experiencia emotiva auténtica permite así al hombre descubrir en su profundidad, constatar de modo directo, que hay algo que va más allá de la superficie de su propia existencia. Allers llega a afirmar que «es en los estados emocionales “profundos” que la conciencia capta algo del mismo ser del sujeto» (Allers, 1942, p. 619).

Las emociones son además *pasivas*. Es decir, pura respuesta que «emerge como consecuencia de impresiones o situaciones sin ninguna actividad por parte del sujeto» (Allers, 1942, p. 621). Pero es aun más importante para nuestro autor el que las emociones sean realidades *absolutas*: «mientras otros fenómenos mentales, especialmente aquellos del conocimiento, presentan a la mente lados o aspectos diversos, esta particularidad está ausente en las emociones» (Allers, 1942, p. 622). Según Allers fue Edmund Husserl, en su *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, quien identificó con mayor lucidez esta propiedad de las emociones.

Como última característica, el psicólogo vienés señala el “venir de fuera” de las modificaciones del sujeto que nosotros

llamamos emociones. Este “fuera” no es siempre espacial, designa solamente al mundo del *no-yo*. Allers subraya, sin embargo, que las modificaciones son siempre subjetivas y, por tanto, van «más allá de la capacidad de la psicología “científica”» (Allers, 1942, p. 623).

*¿Una función “cognitiva” de las emociones?
El papel de la vis cogitativa*

A pesar de la relevancia dada por Allers a la subjetividad emocional, su análisis —muy fundamentado en la experiencia, como hemos dicho— no es para nada superficial o “facilista”. Reconoce que las emociones por sí solas no dicen nada. Es esencial su decodificación por obra de la racionalidad. «Me parece importante reiterar ahora —señala nuestro autor— que el estado emocional no ofrece en sí un verdadero conocimiento del “estatuto óntico”. La emoción es solamente el medio a través del cual (el *id quo*) este conocimiento se hace posible. El conocimiento resulta de una subsiguiente reflexión sobre el estado emocional y su “punto de referencia objetivo”» (Allers, 1942, p. 641).

Si esto es verdadero, ¿estamos frente a un nuevo tipo de conocimiento? Con mucho realismo nuestro autor busca identificar la interacción entre el mundo emotivo y las operaciones cognitivas. Identifica en la *vis cogitativa* la facultad mediadora: «A primera vista parece que hablando de un “aspecto cognitivo” de los estados emocionales estaríamos sugiriendo una nueva forma de conocimiento que no encuentra lugar en el sistema de la psicología tradicional. Esta

impresión, sin embargo, se basa en una comprensión errada [...] Las emociones (o *pasiones animae*) surgen —según la interpretación tradicional— como correlatos a movimientos de los apetitos sensitivos. Estos apetitos surgen por la conciencia del bien o mal, vistos en el objeto particular o en la situación que el individuo enfrenta actualmente. Esta conciencia es el fruto de la potencia cogitativa (*vis cogitativa*). Este sentido interno, por tanto, es la facultad mediadora del conocimiento en las emociones» (Allers, 1942, p. 641-642).

Allers reconoce así «una influencia mutua entre, por una parte, las emociones y los movimientos correspondientes de los apetitos sensitivos, y, por otra, la operatividad de la *vis cogitativa*» (Allers, 1942, p. 643).

En este punto se impone una pregunta. ¿Qué aspecto del objeto es captado por las emociones en la *vis cogitativa*? En parte ya ha sido señalado en el párrafo precedente: tomamos «el bien o mal» del objeto particular o de la situación. Tomamos, es decir, la dimensión del *valor* de la cosa. «El objeto propio de esta aprehensión —afirma nuestro autor— es el lado del valor del ente» (Allers, 1942, p. 645).

Con estos elementos pasamos ahora a aclarar mejor la tesis central del artículo: el conocimiento a través de este modo de aprehensión del “estatuto óntico” del hombre y de la persona individual.

Experiencia emotiva y conocimiento de la posición óntica de la persona

«Suponiendo que las situaciones que condicionan la respuesta emocional lo hagan en virtud de su propio valor, surge la pregunta de por qué o cómo este aspecto particular pueda poner al hombre cara a cara con su posición ontológica en un modo más efectivo que cualquier otro aspecto conocido» (Allers, 1942, p. 626). He aquí el problema propuesto en términos muy claros.

Allers se centra en dos puntos a nuestro parecer fundamentales: la particularidad del autoconocimiento y la peculiaridad de las leyes del reconocimiento del valor, leyes que difieren de aquellas del pensamiento racional-científico.

Sobre el primer punto, decimos brevemente con nuestro autor que en el autoconocimiento no hay un intermediario entre el mundo intencional y el mundo material de lo particular. «Este conocimiento o conciencia del propio ser es, sin embargo, peculiar. Es, inmediatamente, solo conciencia del ser (o de la existencia, para usar este término de ciertas filosofías recientes). Existencia en sí no determinada en ningún modo; la existencia es el simple “ser-ahí” o *Dasein*, como dice Heidegger. [...] Lo que Heidegger no ve es que detrás de los llamados “existenciales” hay otras determinaciones —o al menos otra determinación— que son fundamentalmente importantes. Tal vez sí se dio cuenta de este hecho, pero lo priva, dado su enfoque filosófico general, de su significado.

El hecho al que nos referimos es que el hombre sea consciente de su propio valor» (Allers, 1942, p. 628).

Sobre las “leyes” de la valoración: «el juicio de valor reposa sobre un proceso muy curioso que podemos llamar de “apreciación partiendo del máximo”. El hombre lleva en sí, en cierto modo, una idea del valor absoluto, que representa el máximo de cada clase de valores. [...] Cada valor del que tomamos conciencia es colocado automáticamente en una cierta escala, de la cual el punto de partida es el extremo superior». No entramos aquí en el detalle del agudo análisis que Allers hace de este “curioso proceso”, pero para el asunto que nos interesa tengamos en cuenta una afirmación sobre la aplicación de este proceso a la propia persona: «la autovaloración implica, por tanto, una aprehensión, por imperfecta que pueda ser, del lugar que el individuo ocupa, en cuanto revestido de un valor definido, en el orden de los valores, en el orden especial de lo que es “personal” y en el orden de los valores en general». Así, no se trata tanto de la conciencia de ciertas características propias como de la conciencia de nuestro “lugar” en la realidad.

Estas dos consideraciones tomadas en conjunto permiten a Allers dar a la experiencia emotiva un rol de primera línea en el proceso de “conocerse a sí mismo”, proceso que forma parte esencial en la dinámica formativa de la persona. El equilibrio que es capaz de proponer así, entre crecimiento de la emotividad y de la racionalidad (sin la cual la emotividad

carecería de significado), es muy sugestivo para cualquier recorrido formativo a desarrollar.

Es consciente que «el hombre es capaz de tener una visión de su “estatuto óntico” también por puro raciocinio sin que las emociones necesariamente intervengan». Pero también sabe que «la impresión de una consciencia inmediata o experimental es ciertamente mucho mayor». «En esto —concluye— yace parte de la importancia que una vida emocional bien desarrollada tiene para el despliegue de la personalidad. La mera emoción, el mero abandonarse a las turbulencias emocionales sin la contribución de la actividad clarificadora de la reflexión es más dañino que positivo» (Allers, 1942, p. 646).

También con mucha agudeza, nuestro autor señala el riesgo de hacer pasar como emociones auténticas «un cierto tipo de emociones no genuinas, en las que gran parte de su naturaleza verdadera se ha perdido» (Allers, 1942, p. 637). Ejemplifica la existencia de estas “emociones no genuinas” con el hábito del sentimentalismo, ilustrando muy bien el “tipo” de esas personas que «impresionan incluso al observador casual por su artificiosidad e inautenticidad, parecida a la de los actores» (Allers, 1942, p. 638).

Queda un último punto por aclarar, y de poca importancia en el asunto del que nos ocupamos. ¿Qué revelan las emociones de nuestro “estatuto óntico”? Es decir, suponiendo que la tesis que hemos tratado de delinear corresponda con la experiencia

real de la persona, y, por tanto, que aquello que experimentamos a través de nuestras emociones nos pueda decir algo sobre nuestro “lugar”, sobre nuestra “posición” de valor en la realidad, ¿qué cosa, de hecho, revelarían las emociones?

Un párrafo del artículo del psicólogo austriaco resume su posición al respecto: «Las emociones, como revelaciones del “estatuto óntico”, apuntan principalmente a la finitud de la naturaleza humana. Si aquello que revelan es entendido en modo justo, el hombre se hace más consciente de su posición como criatura, como un ser contingente y finito. Al mismo tiempo, se siente aliviado de la idea deprimente, que puede condicionar el conocimiento de la finitud, de la contingencia, de la dependencia “total”. Entonces se da cuenta que en ningún otro lugar su posición puede ser mejor definida que en las palabras del Salmo 8: “¿Qué es el hombre?”. El hombre no es nada; no es digno ni de que Dios piense en él. Y no obstante esto, ha sido creado solo un poco menor a los ángeles. Su posición es tan alta en el orden de los seres creados que casi alcanza el nivel de la naturaleza angélica. [...] La angustia, que amenaza con el aniquilamiento revelando su posibilidad intrínseca, señala al hombre forzosamente su finitud, su límite, su

ser nada, incluso si es algo. Pero el amor, y todas las demás emociones que revelan al hombre su capacidad de valer, su posibilidad de crecer y la indestructibilidad de su dignidad no obstante el reconocimiento de valores aun más grandes de aquellos que puede llamar propios, significan no solo un reforzamiento de vitalidad, no solamente alegría y placer, sino también el reconocimiento positivo de un orden de valores en que el hombre posee, paradójicamente, una posición tan prominente» (Allers, 1942, p. 646 - 647).

Contingencia y valor infinito, dependencia y libertad: son las coordenadas en que la esperanza humana se mueve. Creemos que una recta formación de la persona debe tener en cuenta estas coordenadas para poder alentar aquellos medios a través de los cuales la persona pueda descubrirse a sí misma y situarse en el conjunto de la realidad. Sabemos bien que muchos problemas (sobre todo en los adolescentes pero no solo en ellos) surgen precisamente por la falta de una experiencia profunda y consciente de su propio valor. La contribución de Rudolf Allers para identificar con precisión y aclarar una de estas formas “mayéuticas” en el mundo emocional humano es de una gran riqueza que, a nuestro parecer, no debe ser ignorada.

Referencias

Echevarria, M. (2004). Rudolf Allers, psicólogo católico. Recuperado de <http://www.rudolfallers.info/echavarria.html>

Allers, R. (1942). The Cognitive Aspects of Emotions. *The Thomist*, 4, 589-648.

Recibido: 26 de agosto de 2013

Aceptado: 11 de octubre de 2013